

Ética y Economía

Julio Marcó

Desde la Revolución Industrial la humanidad se ha visto sacudida por cambios estructurales que han conmovido sus Instituciones y han modificado orden de valores.

Con la caída del Comunismo, cesó la polarización de los poderes en dos bloques y esto afectó también a la economía. El desarrollo impetuoso de la informática y la cibernética fueron factores que asimismo contribuyeron a los cambios estructurales.

Los bienes y servicios están dejando de tener una demanda cautiva o regulada para integrarse al gran mercado mundial donde la competitividad en calidad, precio y tipificación son las condiciones para prevalecer o sucumbir.

Transformación posmoderna de la economía

Desde el punto de vista del comprador se ha creado una nueva conciencia en la cual la fidelidad a marcas o procedencia dejó paso a las nuevas condiciones, demandando una calidad democrática en la cual el comprador permanentemente decide según su estricta conveniencia qué bienes o servicios va a adquirir.

Por otro lado, la oferta de capitales también dejó de ser cautiva, moviéndose con vertiginosa velocidad tras la mejor rentabilidad. De la misma manera abandonó la fidelidad a la empresa y se transformó en un instrumento de fagocitar intereses o beneficios a corto plazo.

A este capital denominado «mercenario», sus titulares tienen la facilidad de moverlo con extraordinaria rapidez, oprimiendo un botón de su computadora conectada por satélite y fibra óptica a sus oficinas. Así pueden retirar cientos o miles de millones de dólares, provocando el cierre de complejos productivos, dejan-

do sin trabajo a miles de hogares y provocando crisis económico-sociales a escala nacional o regional.

Se terminan las amistades, la solidaridad social, el sentimiento de nacionalidad y aun los principios básicos de humanidad, en la frenética carrera en pos de la utilidad económica, la disminución de los costos o algunas décimas en los ingresos del capital. Es más, en esta carrera enloquecida se abandonan proyectos de investigación básica y aun tecnológica cuya rentabilidad no es enteramente segura, máxime, cuando ésta no es a corto plazo.

Esta situación no puede menos que llevamos a la reflexión. Sin duda alguna, la inversión en investigación básica y en tecnología, el estudio de mercado y el cuidado de los costos son puntos que no pueden dejarse de tener en cuenta, pero también es cierto que la sociedad actual tiende a estar dominada por este gran monstruo llamado con muchos nombres: eficiencia, costos, «marketing», utilidad, etc.

La tiranía del mercado

El mercado, en fin, se ha constituido en una especie de tiranía que está abarcando todos los aspectos de la vida y en donde el ser humano es sólo un factor productivo, uno más al cual no se le concede ninguna consideración especial.

Esta tendencia, que encuadra al hombre como un instrumento al servicio de las empresas, ha cambiado el objetivo primitivo por el cual fueron creadas: el de ser herramientas para la humanidad.

Muchos economistas y filósofos se encuentran preocupados por esta tendencia económica que nos recuerda la novela en la cual, el monstruo, creado por el Dr. Frankenstein, terminó dominando a su amo y creador.

La fácil y pronta respuesta es que no deben mezclarse ética y religión con principios económicos, y menos aún subyugar una ciencia independiente como la

Julio Marcó es Licenciado en Ciencias Políticas y se desempeña actualmente como docente y director del Instituto de Economía de la Universidad Adventista del Plata.

economía, a la teología. Son dos cosas separadas, se asegura, y deben respetarse sus respectivas esferas de competencia. Se recuerda la Edad Media como ejemplo de estancamiento económico a consecuencia del sometimiento de la economía a la teología.

Hay principios básicos del cristianismo que no podemos dejar de tener en cuenta. Las palabras de Jesús de: «amar al prójimo como a sí mismo» no constituye una especulación filosófica sino una forma práctica de vida diaria, una forma de existencia que no excluye el aspecto económico.

El especulador que apretando un botón de su computadora deja sin trabajo a muchas familias y siembra el hambre por su apetencia de obtención de enormes ganancias, no está exento de su responsabilidad ética o moral.

En la misma situación se encuentran los dirigentes empresariales, quienes en su pesada responsabilidad y privilegio se encuentran moralmente obligados a buscar soluciones inteligentes a fin de ser eficientes, sin sacrificar el pan de quienes participan junto a ellos en la creación de riquezas.

Por otro lado, y es lo más importante, Dios no nos ha dejado desorientados frente al problema económico social. La sociedad es obra del Creador, tal como El lo indica en Génesis 2:28 y ha señalado algunos principios básicos en cuanto al manejo económico.

El hombre: fin de la economía

Principios bíblicos de justicia y de equidad

Muy por el contrario de lo que algunos imaginan, la Biblia no se opone al progreso económico y así está expresado en Prov. 11:25, 13:4 y 3 Juan 2.

Sin embargo marca algunas pautas en cuanto a principios económicos:

1. Prov. 22:16 condena la inequidad en la distribución de la renta.

2. Prov. 28:20, 13:11 desaprueba la especulación en la obtención fácil de riquezas.

3. Prov. 13:11 afirma el principio del trabajo-creación de bienes y servicios como medio para la prosperidad económica.

4. Jer. 17:11 censura a quienes obtienen riquezas en forma injusta.

5. Sal. 15:2-4 e Isaías 33:15-17 condenan enfáticamente la opresión de los pobres, la práctica del soborno, las falsas declaraciones juradas.

Queda pendiente consolidar la vigencia de estos principios establecidos antes de la Revolución Industrial.

Libertad, poder y justicia

El ser humano está siendo considerado sólo una pieza más dentro del engranaje económico, una variable de ajuste que se puede usar y comprimir despreciando su calidad «a la imagen y semejanza de Dios».

Por otra parte algunos economistas ven en este camino una transferencia y concentración de poder y riquezas en un pequeño sector que coexiste con un pauperismo generalizado.

Las épocas de desarrollo económico han sido consecuencia de períodos de estabilidad política basados en una distribución equitativa de las riquezas, o al menos en la satisfacción de las necesidades básicas de la población, como ocurrió en el antiguo Egipto.

Por el contrario, no han tenido en la historia final feliz cuando la élite política actuó presa de las circunstancias y movida por sus intereses personales o del grupo. De esta manera se produce la polarización económico-social y la concentración del poder.

Se presenta ahora la antigua y permanente disyuntiva entre ser dominado o dominar la situación.

Queda en las manos de quienes tienen el poder de decisión, indagar por «las sendas antiguas», aquellos caminos en que la austeridad, la inversión y la solidaridad social generaron las riquezas de los países.

Este camino no es fácil, pero se logrará el éxito si se encara el desafío con imaginación; audacia y perseverancia, como lo hicieron los grandes hombres del pasado, que se constituyeron en amos y no en esclavos de las circunstancias.